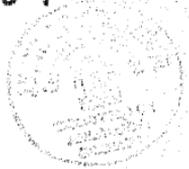


MIGUEL MIRANDA

SAN PEDRO, 7
TEL. 429 45 76
28014 MADRID

R-118587

C. de Soto y Corro.



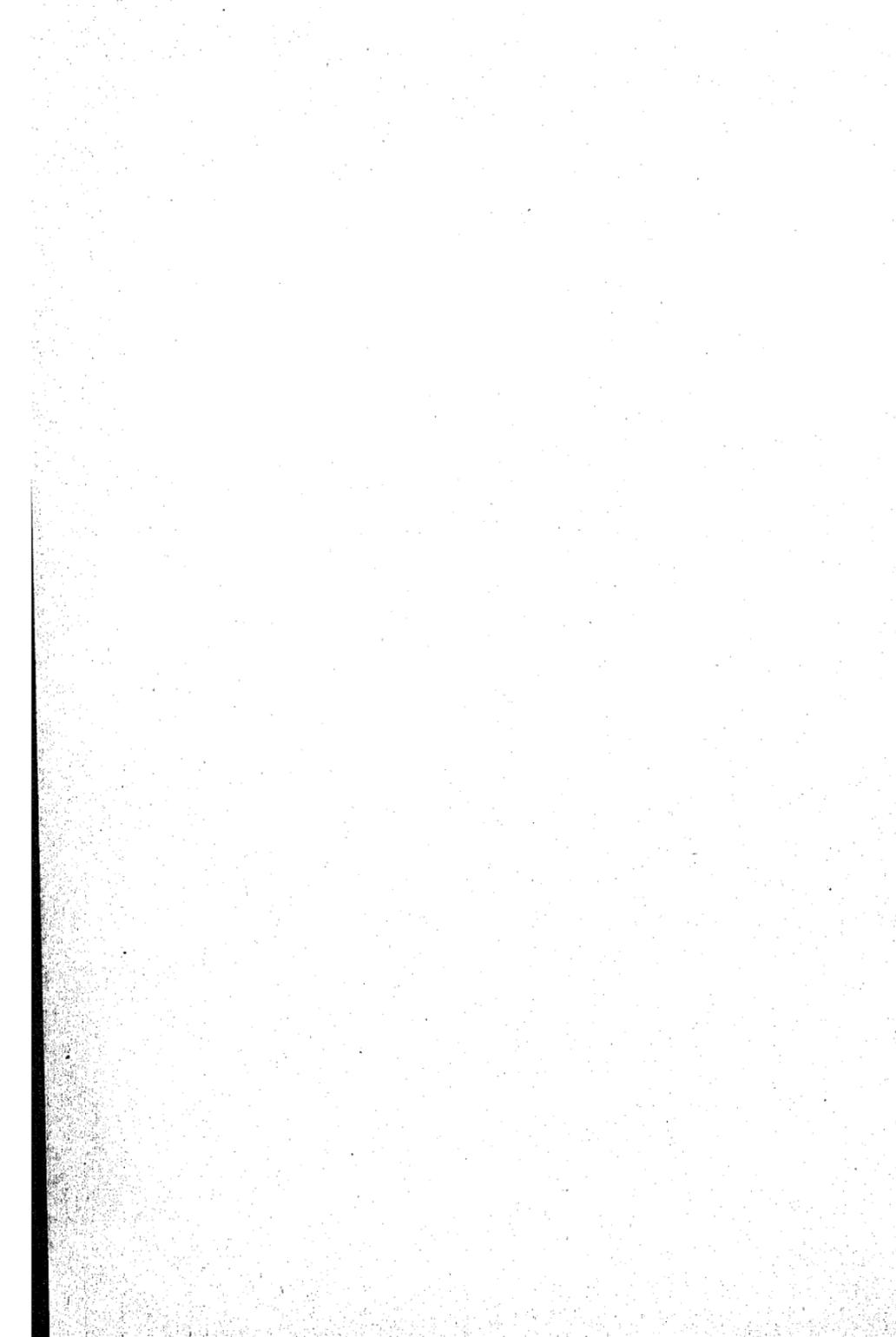
LA CONQUISTA

DE CÁDIZ

Leyenda Caballeresca.



MADRID
IMPRENTA DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS
Calle de Juan Bravo, 5.
1907





LA CONQUISTA DE CADIZ. ¹

Leyenda Caballeresca.

Lis nova de veteri semper
ratione movetur.

I

La noche ya descendía,
y aun Sevilla la moruna,
bañada por bella luna,
tranquilo sueño dormía.

Por sus angostas callejas
hidalgos no transitaban,
ni trovadores cantaban,
ni amantes había en las rejas.

Mas si hubiera algún curioso
tras una puerta escuchando,
murmullo de estar hablando
pudiera oír silencioso.

¹ Premiada con diez lujosos tomos de «Autores Españoles» en el Certamen que en Junio de 1879 celebró en Cádiz la Asociación de Escritores y Artistas.

Pues allí, ante unas botellas,
se confiaban sinceros
dos hidalgos caballeros
sus amorosas querellas.

«Ella me adora, lo sé,
decía uno de los dos,
y venceré, ¡vive Dios!
os lo juro por mi fe.

Su padre se opone fiero
al amor que nos abrasa,
por ser mi fortuna escasa,
y él egoísta, altanero.

Mas ni temo su coraje
ni me importa su riqueza,
que le excedo yo en nobleza
de corazón y linaje.

Pero ella sufre el quebranto
de paternas rigores,
y excitan más mis ardores
las lágrimas de su llanto.

Y ya que por tal la aflige
y él osbtinado se aferra,
quiero buscar en la guerra
la fortuna que me exige.

Sí; con arrojo y valor
saltaré todas las vallas
y buscaré en las batallas
los láuros del vencedor.

Y con fe en Dios, y en mi bella,
alcanzaré, no os asombre,
gloria, riqueza y renombre,
para ofrecerlos á aquélla.»

«Bien os conozco á fe mía;
tenéis corazón valiente,
y un pecho noble y ardiente
que pura pasión le guía.

La guerra os dará el placer
que ansiáis; pero ¡por Dios!
que iremos juntos los dos
para luchar y vencer.

Mi amor ardoroso, en vano
por otra beldad se agita;
pero por mí no palpita
su corazón inhumano.

Y ya que no ve la ingrata
el amor que mi alma encierra,
quiero olvidar en la guerra
esta afección que me mata.

Quizás lograré la suerte,
si no salgo con victoria,
de obtener eterna gloria
hallando una honrosa muerte.

Vamos, pues, á combatir;
mas la vista alzando á Dios,
juremos juntos los dos
volver con honra ó morir.»

Y elevando sus miradas,
con grande fervor al cielo,
sintiendo ardoroso anhelo,
con las manos estrechadas,
«Juramos», dicen al par
con firmeza y decisión,
y animosos la ocasión
esperan de pelear.

II

Sevilla, ciudad hermosa,
querida de cien monarcas;
la de las noches serenas,
la de agradables mañanas.

La reina de Andalucía
con sus magníficas galas,
despierta, luciendo alegre
su encantadora alborada.

Perfuman de sus pensiles
las aromáticas plantas,
y el aire embriagado llena
de amor y poesía el alma.

Temprano se ve este día
la población animada,
con extraño movimiento
que por doquier se repara.

De algun suceso importante
la noble Sevilla trata,
cuando ardorosa se agita,
cuando tanto se engalana.

Y en grupos considerables
recorren calles y plazas
los caballeros armados,
en dirección del alcázar.

Es que el sabio Don Alonso,
por un impulso del alma,
quiere tratar con presteza
de acometer una causa.

Empresa por mucho tiempo
del Rey con ardor soñada,
y con afán, decidida,
seguro de realizarla.

Pronto los bravos guerreros,
reunidos ante el Monarca,
esperan saber ansiosos
el fin para que los llama.

Cuando Don Alonso mira
sus caballeros en masa,
besando una cruz, ferviente,
de tal manera les habla:

«Seis siglos hace que entraron,
por traiciones y venganzas,
los moros en nuestro suelo
para mengua de la España.

Mi padre, el Rey San Fernando,
con ardiente fe en el alma,
reconquistó muchas tierras
á las huestes musulmanas.

Pero aún tienen los infieles
poblaciones muy preciadas
en posición y riquezas,
y anhelo recuperarlas.

Quiero conquistar á Cádiz,
joya que á mi cetro falta,
florón de la Andalucía
y objeto de mis miradas.

Quiero llevar á sus muros
nuestras enseñas cristianas,
y desde allí, mis conquistas
hasta la costa africana.

¡Sus! hidalgos, caballeros;
¡aprestaos á la batalla,
y tiemblen los musulmanes
al choque de nuestras armas!

¡Enardezca vuestros pechos
la justicia de la causa,
y combatid valerosos
por mi honor y el de la patria!»

Dijo: al par que en los semblantes
el entusiasmo brillaba,
y la fe en los corazones,
y el valor en las miradas.

De pronto, cesa el tumulto;
pues llegan hasta el Monarca
dos valientes caballeros
armados de todas armas.

De sus yelmos relucientes
las viseras levantadas,
dejan ver el noble fuego
que por sus ojos exhalan.

Son los dos nobles hidalgos
que aquella noche juraran
dejar fama de sus hechos
en la primera batalla.

Llevan á un lado ceñida
la fuerte y temible espada,
el ancho escudo en un brazo,
y en la otra mano la lanza.

Temor á todos infunden,
pero más respeto causan
por lo fiero de su aspecto
y lo noble de sus caras.

Hincan la rodilla en tierra,
y de esta manera hablan
al Rey, cuando les permite
que presenten su demanda:

«Señor, si me das tu flota
bien prevenida y armada
de galeras y navíos,
por la cruz de aquesta espada

Te juro sitiar á Cádiz,
y no volver de sus aguas
mientras no quede por tuya,
como anhelas, conquistada.»

«Yo, señor, si de tus tropas
quisieras darme cien lanzas,
llegar á Cádiz te juro
y asaltarlo con pujanza,

Colocar nuestra bandera
sobre su torre más alta,
y perder hasta la vida
antes que entregar mi espada.»

«¡Ah! mis valientes caudillos,
conozco vuestras hazañas,
y gloria cabrá á mi trono
por acceder á esas gracias.

Desde hoy, Pedro Martínez
de la Fe, yo, de mi escuadra
quiero que seas Almirante,
seguro de tus palabras.

Y á tí, bravo Juan García,
te concedo las cien lanzas
que pides, y á más ser Jefe
de aquesta noble mesnada.

La fama de vuestros hechos
me satisface y me basta;
id á ganar la victoria
en la conquista anhelada.»

El Rey los abraza y Hora;
y los caballeros marchan,
seguidos de sus soldados
entre vivas y algazara.

III

Al día siguiente, la flota
de Pedro Martínez llega,
sobre la villa de Cádiz
descuidada y sin defensa.

Y en tanto, don Juan García,
con sus soldados por tierra,
al punto de sus afanes
se aproxima con presteza.

Llegan los dos á la Isla
y al par que por mar la cercan,
la asaltan con noble arrojo,
y en su recinto penetran.

Los moros, sobrecogidos
de espanto, sus casas cierran,
mientras los menos cobardes
se arrojan á la pelea.

Pero ya es vana la lucha,
y en vano la resistencia;
que abren paso las espadas
de las tropas nazarenas.

Subyugados por el miedo
los moros, con la sorpresa,
no pueden saciar la rabia
de embestida tan ligera.

Mas algunos, valerosos
queriendo vengar la afrenta,
combaten desesperados
luchando sin paz ni tregua.

Entre aquellos insensatos
que más ardimiento muestran,
y por Alhá se defienden
hasta la hora postrera,

Se ve un imponente anciano,
que de su casa en la puerta
la muerte, terrible, causa
de todo el que se le acerca,

Como el chacal sorprendido
dentro de su misma cueva,
como guarda sus cachorros
la herida y temible fiera.

Presto don Juan, observando
tan temeraria defensa
y el daño que entre sus tropas
el moro á sus golpes deja,

Quiere vencer por sí mismo
aquella indomable fuerza,
matándolo prontamente
si á discreción no se entrega.

Pero el viejo es una furia,
razones no considera,
y ya don Juan decidido
le acomete con violencia,

Y el moro, cansado, cede
bajo el poder de la fuerza;
y ya, impotente, abatido,
la muerte rabioso espera,

Cuando dentro de la casa
un grito agudo resuena,
y una bella joven mora
se ve salir con presteza,

Desprendido el blanco velo
y al aire las largas trenzas;
y á los pies de Juan García
en triste llanto deshecha,

»¡Por Alhál dice: cristiano,
no mates á Aben-Gadea,
¡yo te lo ruego, es mi padre,
mi único amparo en la tierra!

No mates al noble anciano,
que lucha por la defensa.
de su hija, su tesoro,
de su querida Zorema

La sangre de almoravides
por su misma sangre lleva,
y es temido y respetado
de las tribus sarracenas

¡Oye mi doliente lloro,
mira mi profunda pena,
por caridad, nazareno,
tu corazón se conmueva!»

Calló la sensible mora,
que en lágrimas mil se anega,
y abrazada á las rodillas
de García el fallo espera.

Mas éste, que emocionado
tan rara hermosura observa,
se admira ante el heroísmo
de la inocente Zorema.

Llevar prisionero al viejo
A sus soldados ordena,
y alzando á la mora al punto
«pierde el temor,»—le contesta;—

Que si jamás Juan García
vencido quedó en la guerra,
en cambio lo cautivaron
la virtud y la nobleza.

¡Soldados! ¡guay de quien toque
al anciano Aben-Gadea!
¡terrible será el castigo
del que mi voz no obedezca!

Gacela, mi ardiente pecho
prendió tu sin par belleza,
que ensalza tu acción sublime
y al Dios de verdad te eleva.

Desde ahora, mi cautiva
digna de respeto quedas;
y si á mi fe te conviertes,
si de la tuya reniegas,

Si en mi amor comprendes luego
que el tuyo ardoroso anhela,
y sabes tener constancia,
y acoges mi amor de veras.

Mi esposa, quizás, un día
te haré con pasión inmensa,
y á Dios le daremos gracias,
de nuestra dicha en la tierra.»

Dijo el valiente caudillo,
mostrando un alma tan tierna
como buenos sentimientos
y religiosas ideas.

IV

Desde este día, la villa
de Cádiz, se vió ganada
por los brayos que en Sevilla
juraron con fe sencilla
dejarla reconquistada.

Luz de brillante aureola
las densas nubes descorre,
y al aire henchida tremola
nuestra bandera española
sobre su más alta torre.

Ya no es Cádiz la moruna
ni en ella el rencor batalla;
que con inmensa fortuna,
do se alzó la media luna
la cruz triunfadora se halla.

¡Gloria eterna para aquellos
que ambicionaron tal gloria!
seres dignos de memoria,
que con divinos destellos
consiguieron la victoria.

Gades, la preciosa Gades,
la perla del Océano,
paloma del puerto hispano,
que afrentaron las maldades
de un pueblo infiel y tirano,

Hoy, mecida dulcemente
sobre las ondas se baña;
hoy duerme tranquilamente,
al amor del Dios Potente
bajo el dominio de España.

V

Al Rey Don Alonso el Sabio
llegó la fausta noticia
del triunfo conseguido,
que era el afán de su vida;
y lleno del entusiasmo
que en su espíritu sentía,
con su ejército dispone
verificar en seguida
su marcha á Cádiz, ansiando
celebrar en este día
tan grato acontecimiento
con la victoria obtenida,
Y así, todos animados
llegaron presto á la villa,
llevando en sus corazones
tranquilidad, y alegría.
El Rey mandó en el momento,
sintiendo profunda dicha,
reunir á los vencedores
de aquella importante Isla;
y mostrando dignamente
su rectitud y justicia,
colmándolos de favores,
con el alma agradecida,

exige á sus dos caudillos,
Martínez y el de García,
que demanden lo que quieran
y gracias al punto pidan.
Pedro Martínez primero
delante del Rey se inclina,
y ruega que le conceda,
la mano de doña Elvira,
á la que adora su pecho
con pasión honda, infinita,
y á quien cruel y tirano
su padre guarda en Sevilla.
El Rey accede gustoso,
y á darle también se obliga
por los honores ganados
una fortuna crecida.
Después llega ante el Monarca
postrándose Juan García,
y le dice de este modo,
con voz suplicante y digna:
«Señor, entre tus cautivos
hay una mora hermosísima,
que por salvar á su padre
se expuso á perder la vida.
Su corazón es tan puro
y su alma tan divina,
que inspirada por el cielo
nuestra religión ansía.

Pues bien, señor; su bautismo
mi humilde voz solicita
para alentar en su pecho
la ardiente fe que la inspira.
Libertad para su padre
también mi acento suplica;
y después, la blanca mano
de la mora convertida.»
Silencioso el caballero
aguarda, mientras admira
el Rey la noble conducta
del valeroso García.
Accede atento el Monarca
y con placer apadrina
bien pronto á la bella mora,
con el nombre de María.
Y al punto de los amantes
las bodas se solemnizan
con el fausto esplendoroso
que en su clase necesitan.
Gran regocijo demuestran
los cristianos en la villa;
dulce es la emoción que sienten
con infinita alegría;
y al Rey Don Alonso aclaman
lanzando entusiastas vivas
y celebrando ruidosos
aquella nueva conquista.

VI

Entonces, Aben-Juzef,
Rey de Fez y de Marruecos,
sentido de la gran presa
que de Cádiz había hecho
Don Alonso, embajadores
mandóle, pidiendo presto
satisfacción de la injuria
y enmienda de aquel entuerto.
Pero sólo su demanda
consiguió el razonamiento
de palabras muy corteses
por parte de Alonso Décimo;
pues siendo para este Rey
la Isla de infinito precio,
para conquistar un día
del África el vasto suelo,
la retuvo, y cuidadoso
reedificóla primero,
trayendo de las provincias
del Norte más de trescientos
pobladores, que empezaron
á embellecer aquel suelo,
destinado á ser emporio

de ilustración y comercio,
y rica joya preciada
del andaluz hemisferio.

VII

Pero aquel sabio y poderoso Alonso
que tanto bien por nuestra España hizo,
no satisfecho con tan grande triunfo,
más alcanzar para su patria quiso,
siguiendo luego á la africana costa
por conquistar, con valeroso brío,
del vil tirano las vecinas tierras,
y hacerse de él, por su poder temido.
Y así, mostrando á sus soldados todos
con grande afán su pensamiento fijo,
para probarles, en su buen deseo,
que iba á empezar con el mejor auspicio,
un día, que inmensas y alteradas olas
el mar hinchaban con furioso ruido,
dió la orden presto de reunir sus tropas,
al punto el Rey obedecer se hizo
y hablando Alonso á sus soldados luego
con noble ardor y belicoso ahinco,
de aquella empresa, que formó en su mente
sueño tenaz, con decisión les dijo:
«Ya conquistamos lo que nuestro era;

ya conseguí lo que mi antojo quiso;
pues bien, cristianos, la cercana costa
del moro ved, que nuestro daño ha sido;
vamos allá, la ignominiosa afrenta
borrando al fin como españoles dignos,
y hagamos presto que humillada quede
la falsa ley ante el glorioso signo.»
Al punto manda á su mayor Alférez
que vaya al mar y entre sus ondas, listo,
la cruz coloque con valiente arrojo
como señal, y para dar principio.
Pronto el Alférez á caballo corre
con el pendón, y en el temible abismo
se lanza, siendo admiración de todos
por su valor, y el acertado tino
¡con que elevado deja entre las aguas
con raro apoyo el estandarte fijo;
y jubiloso el pueblo de rodillas
ensalza á Dios, llorando enternecido!

VIII

Ya desde entonces comenzó otra era
para este puerto de esperanza pura,
y al dulce abrigo de la fe sincera
vió refugiarse su eternal ventura:

ya desde entonces la celeste esfera
más esplendente claridad fulgura,
y el fervoroso corazón cristiano
siente la protección de Excelsa mano.

Para el que busca con ardiente anhelo
tierra segura, luminoso faro,
viendo perdido con pesar su suelo,
es la cruz santa poderoso amparo
que al alma infunde divinal consuelo,
luz que le guía por camino claro,
y en ella encuentra, de su afán tranquilo,
madre amorosa y bienhechor asilo.

¡Cádiz ilustre! ¡de belleza tanta!
¡De tal valia que excitó el deseo
del africano, en tu pensil su planta
no posa ya ni vive en tu recreo,
que el lábaro divino se levanta
sobre tus torres como fiel trofeo,
y encantado á tu vista orgullo siente
todo pecho español, noble y valiente!

Hoy que animada, la brillante historia
de tu pasado con placer contemplo;
hoy que ensalzando tu mejor victoria
viene á mi mente el admirable ejemplo
de aquel monarca de feliz memoria,
que alzó ferviente al Salvador un templo,
quiero cantar con ardoroso labio:
¡gloria eternal á Don Alonso *el Sabio!*



